

El valor de las humanidades en la formación profesional integral del estudiante

The importance of the humanities in the comprehensive professional development of the student

Jesús Rodomiro Casquier Ortiz

Universidad Nacional Tecnológica de Lima Sur (UNTELS)

E-mail, jcasquier@untels.edu.pe

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-6512-4918>

Recibido: 10/07/2024, Aceptado: 05/11/2024, Publicado: 30/11/2024

Resumen:

El presente artículo presenta una crítica a la forma como se aborda la formación del estudiante universitario en la actualidad. Se señala la crisis que atraviesan las humanidades en la formación profesional en estos tiempos a la vez que se busca destacar la importancia y el valor de estas para la formación integral de los estudiantes. A través de una reflexión ética y teniendo como guía la pregunta acerca de ¿Qué es el ser humano? se plantea la necesidad de responder a los retos sociales y profesionales que propone la realidad del mundo globalizado en el que vivimos teniendo en cuenta los conocimientos científicos y los saberes humanísticos.

Palabras clave: Ciencia, Educación, Humanidades, Tecnología, Universidad.

Abstract:

This article presents a critique of the way in which the training of university students is currently approached. The crisis that the humanities are going through in vocational training in these times is pointed out while at the same time it seeks to highlight the importance and value of these for the comprehensive training of students. Through ethical reflection and guided by the question: What is a human being? It was elaborated the need to respond to the social and professional challenges proposed by the reality of the globalized world in which we live scientific and humanistic knowledge.

Keywords: Science, Education, Humanities, Technology, University.

Introducción

El presente artículo busca reflexionar acerca del valor de las humanidades en la formación profesional integral del estudiante a raíz de la problemática actual en la que se encuentra el estudio de las disciplinas humanísticas en nuestra sociedad. De ahí que para discutir esta inquietud empezamos por identificar la situación en la que nos encontramos: una sociedad globalizada mediada por la tecnología y que pone ahínco en el conocimiento científico de corte utilitario antes que en aquellos saberes que nos permiten entender de una manera más humana cual es el sentido de nuestra existencia como seres pensantes antes que como fabricantes.

Realizamos, luego, una descripción interpretativa de la situación del ser humano, la razón y la ciencia desde una visión panorámica de su proceso histórico y teniendo en cuenta la formación de las personas como un medio indispensable para la trasmisión del conocimiento racional, de esta manera vamos sentando las bases que nos lleven, posteriormente, a elaborar una crítica reflexiva con matices éticos acerca del valor del estudio de las humanidades en la universidad en una sociedad globalizada como la nuestra que busca formar seres humanos que tengan no solo conocimientos diversos sino una formación integral que se convierta en una herramienta que le permita al individuo adaptarse a los cambios que se le presentan dentro de un mundo que avanza a pasos acelerados.

La crisis de los estudios humanísticos

Consideramos que las humanidades, una vez más, están en crisis. Producto de la búsqueda de resultados en ámbitos como el científico, empresarial, tecnológico e industrial se ha ido perdiendo el sentido, así como se ha dejado de lado la importancia del estudio de las humanidades en nuestra época ya que, a diferencia de otras disciplinas, lo que aportan las humanidades al ser humano tiene un valor intangible e incommensurable al punto que muchas veces no se suele reconocer su valor en el mundo altamente competitivo e incierto en el que vivimos. Habría que decir también que nuestra sociedad globalizada, pero a la vez individualista, se dirige a un punto en el cual lo importante para muchos ya no está centrado en la indagación acerca de lo que significa ser un ser humano, como un sujeto consciente, sino como un objeto y esta cosificación egoísta del ser humano hace que se pierda perspectiva en torno al aporte que le brindan al ser humano las humanidades. De igual parecer son las ideas planteadas por Giusti (2019) cuando en la introducción a la obra *El conflicto de las facultades: sobre la universidad y el sentido de las humanidades* propuso que:

En muchas partes del mundo se vienen sintiendo los efectos de una cultura tecnocrática, tanto en la orga-

nización de la vida social como de la vida universitaria, que considera superflua la formación en filosofía y en humanidades. Con cada vez más frecuencia se suspenden cursos y carreras universitarias humanísticas en la educación universitaria y se privilegia una instrucción profesionalizante que se ajusta a los requerimientos inmediatos del mercado. Ello va acompañado del sometimiento de la entera actividad académica a parámetros cuantitativos de medición propios del mundo empresarial y a una campaña febril de vigilancia de su cumplimiento (p. 5).

Es por ello por lo que, desde un análisis ético, abordaremos la situación actual de las humanidades, su importancia, y necesidad para el desarrollo del ser humano ya que en realidad resulta necesario llevar a cabo una reflexión analítica acerca de la pertinencia de enseñar humanidades en el ámbito universitario como parte del proceso formativo que conduzca a una formación integral de los estudiantes. Ante esta situación y según como se va dando cuenta de los hechos, observamos que cabe la posibilidad de que algunas personas, cuando se dedican a enseñar, enseñan los conocimientos obtenidos de una manera mecánica o experimental, es así como hemos ido aprendiendo acerca de las matemáticas, la física y otras ciencias por ejemplo, basándonos en los principios empíricos de las mismas, pero no es posible, al menos no de la misma forma, sistematizar la enseñanza de las humanidades; y eso no les quita valor, tal como lo expusieron Fajardo y Fernández (2022) en su ejercicio reflexivo sobre el valor transversal de las humanidades: No se trata de reconocer el valor del conocimiento como si fuera una mercancía que se vende al mejor postor ni como una fórmula mágica ofrecida por quien ha sido ponderado como el maestro, ya que, desde este horizonte, lo aprendido puede llegar a ser superficial, vivido sin autenticidad y desconectado de la realidad experiencial descubierta por sí mismo.

Estimamos, entonces, que el estudio de las humanidades permite al estudiante descubrir no solo datos y anécdotas curiosas que estas disciplinas aportan sino que les permite, también, descubrir el significado de la existencia humana, o al menos estar más cerca de entender qué significa ser una persona, ya que entendiendo el sentido de ser un ser humano, trascendiendo los límites de su comprensión, tomando conciencia de la realidad, –no solo para aprender de ella sino para aprender a interpretarla– podemos estar ante una mejor posibilidad de abordar los desafíos y resolver los problemas que se nos presentan como seres humanos que somos. Y es que la formación humanística, si la vemos desde un enfoque pedagógico filosófico, diremos que no solo nos permite capacitar a las personas para que se adapten a la cotidianidad de la vida diaria o a pensar en futuros alternativos, sino que, también, fomenta el desarrollo de relaciones de aprendizaje a través del autoconocimiento y el encuentro con el otro, con los otros, dando cabida al

desarrollo integral de los seres humanos, ya que no solo se estaría buscando adquirir conocimientos sino, también, comprender su relevancia en la vida cotidiana y en la sociedad, tanto para el ser humano de nuestra época como para las futuras generaciones.

Recordemos que la evolución de los seres humanos se dio primero de manera individual y luego colectiva según las necesidades que su entorno les planteaba, hoy en día amparados en el desarrollo de la de la biotecnología nuestra evolución se produce a un ritmo acelerado, frenético y desigual, lo que nos ha llevado a pensar que nuestra supremacía sobre las demás especies es algo que marca nuestra naturaleza (Casquier, 2013 p. 270), más ahora que nos desarrollamos en una época marcada por la diversidad, por constantes cambios, por avances tecnológicos que nos llevan a pensar que desarrollarse como ser humano solo es posible al conseguir objetivos en campos como el económico, industrial, empresarial o científico, más allá de lograr un desarrollo pleno como seres humanos.

Se pierde de vista, entonces, que el enfoque que aportan las humanidades y el énfasis que ponen en su desarrollo enriquece y dinamiza no solo las distintas disciplinas en las que se desarrolla la persona, sino a la persona misma en las distintas actividades que realiza permitiendo que quien las ha estudiado y aprehendido para sí, tenga la habilidad de pensar las cosas y, al mismo tiempo, estar en la capacidad de llegar a pensarse críticamente a sí mismo en un contexto diverso y multicultural. (...) las humanidades, tanto en sus posibles sentidos, como en su significado, se despliegan en la educación superior como una fuerza dinámica y creativa que introducen, en la formación disciplinar de los estudiantes, un horizonte en el que los contextos culturales, históricos y sociales vienen a ensanchar el limitado entorno en el que los jóvenes suelen vivir y que rara vez se extiende más allá de la casa, la universidad y el trabajo (Ramírez, Rodríguez y Merchán, 2016, p. 8).

Por ello observamos que, si bien los avances actuales a nivel científico y tecnológico nos permiten medir los objetivos que podemos lograr y, qué duda cabe, nos dan una sensación de desarrollo en comparación con las demás especies que pueblan este mundo, los seres humanos no avanzaremos como humanidad si nos desligamos de abocarnos con ahínco al estudio de las humanidades de una manera que estas realcen la importancia del ser humano antes que la importancia de los objetos y herramientas que fabricamos.

En nuestra sociedad, por ejemplo, debido a las carencias propias que tenemos los peruanos, han venido predominando los estudios y la especialización en áreas en las que se logran resultados casi de manera inmediata, sobre todo aquellos que están relacionados con mejorar las condiciones económicas. Bajo esta perspectiva es donde uno se plantea: ¿qué valor tendría aprender acerca de

las humanidades hoy en día? Y, al ensayar una respuesta al respecto, caemos en cuenta que estamos ante una situación crítica en lo que se refiere al rol de las humanidades para formar de manera integral a los estudiantes.

Si bien esta no es una cuestión nueva, la abordaremos en esta oportunidad desde una perspectiva ética de la vida. Plantearemos por qué las humanidades, tienen un valor cualitativo y un valor cuantitativo en la formación de la persona entendiéndolas como fundamento indispensable para consolidar un proceso formativo auténtico para el ser humano.

A este punto no podemos dejar de lado la crítica hecha por Taylor (1994) a la modernidad occidental cuando planteó que el individualismo, el desencantamiento del mundo, la pérdida de libertad política y de un orden moral, sumado a la primacía de la razón instrumental nos lleva a perder de vista un adecuado desarrollo para el ser humano; nos ha llevado a pensar más en el desarrollo de las máquinas que en el de las personas dado que dicha primacía de la razón instrumental “se hace también evidente en el prestigio y el aura que rodea a la tecnología y nos hace creer que deberíamos buscar soluciones tecnológicas, aun cuando lo que se requiere es algo muy diferente” (pp. 40-41).

Esta situación nos permite ver que en la relación que entablamos con todo lo que tenemos alrededor estamos tomando como prioritario un análisis que se guía por el costo-beneficio, situación compleja sobre todo cuando nos referimos a la actividad universitaria debido a que esta va más allá del conocimiento que podamos obtener de manera instrumental porque exige que las capacidades y el conocimiento de las personas se desarrolle en todas sus dimensiones, y es ahí donde entra a tallar la reflexión ético-filosófica conciliando a las ciencias con las humanidades, como sostuvo Rojo (2022): “Así entendidas, las humanidades se ponen en contradicción abierta con lo que los filósofos de la Escuela de Frankfurt llamaron el ‘discurso instrumental’ de la razón moderna, alineándose con su opuesto, el ‘discurso emancipador’ (p.97), de esta manera revaloramos el sentido de lo humano y nuestra concepción del mundo así como nuestro desarrollo. En consecuencia, resulta importante consolidar las bases humanistas en la universidad de manera que se gesten espacios para llevar a cabo la reflexión y análisis del ser humano de manera fecunda, primero entendiéndolo como humano antes que como un profesional con capacidades para una determinada disciplina.

En este aspecto, nuestra propuesta pasa por pensar al ser humano como un ser que tiene la capacidad de ser pensante (*homo sapiens*) y no solo como un ser que tiene la capacidad, importante nadie lo niega, de fabricar herramientas (*homo faber*). De esta manera podemos revalorar el sentido de las humanidades sin dejar de seguir

desarrollándonos y avanzando en el plano tecnológico, porque la actividad universitaria va más allá del simple conocimiento instrumental ya que se vuelve necesario el conocimiento del ser humano en sus distintas dimensiones y manifestaciones.

Además, al seguir indagando acerca del sentido de lo humano volvemos a poner en vigencia, la sentencia declarada por Sócrates en su apología: “una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre” (Platón, Apología 38a 5-6).

Por eso es de vital importancia que en el contexto universitario se apunte hacia una educación integral, con bases humanistas, y equilibrada entre los saberes humanísticos y los saberes técnicos lo cual será por demás beneficioso para la formación de los estudiantes como seres críticos y reflexivos capaces de resolver los problemas que su sociedad les plantea.

Indagación acerca del ser humano en su proceso histórico

Partiendo de la idea de que al abordar la historia universal solemos dividirla en cuatro grandes periodos o edades (antigua, media, moderna y contemporánea) y a pesar de que esta no es la única clasificación, ni la más adecuada, en este artículo nos guiaremos por dichos periodos para dar una visión panorámica de la situación del ser humano en su proceso histórico desde la antigüedad hasta nuestros días. Tendremos en cuenta al acto de educar y formar a las personas como un medio indispensable para el desarrollo cultural e ideológico con el que contamos los seres humanos para la transmisión de valores, creencias, tradiciones, hábitos, costumbres, conductas sociales y políticas, ya que siempre que estas guarden concordancia con la adquisición de conocimientos racionales universales estaremos mejor capacitados para afrontar las vicisitudes de la vida social, política y económica. A este punto diremos, también, que el papel que cumple la razón en la indagación y reflexión sobre el ser humano, la sociedad y la cultura a lo largo de la historia nos lleva a plantear que a medida que los seres humanos evolucionamos y fuimos poblando este mundo, hubo un momento crucial en el cual el Hombre, dejó en pausa el desarrollo de sus actividades cotidianas, ese quehacer diario que lo podía tener alejado de las grandes interrogantes que tiene el mudo para nosotros, hasta que comenzó a cuestionarse por las cosas que sucedían a su alrededor.

El ser humano, comenzó a cuestionarse sobre su entorno y su propia naturaleza en la Grecia del siglo VII a.C., quizás no por primera vez, pero si de una manera muy particular, donde los miembros de la naturaleza comenzaron a cuestionar la naturaleza misma; dejando de lado explicaciones mitológicas se inclinaron por la investigación racional acerca de lo que los rodeaba. En este escenario, el conocimiento del ser humano, de su

esfuerzo e inteligencia paso a ser prioridad para la civilización griega. Desde ese momento muchas han sido las interpretaciones y métodos que se han planteado buscando obtener una respuesta. Con el paso del tiempo, el desarrollo de la razón nos ha permitido a los seres humanos indagar por aquello que nos resultaba desconocido, nos causaba duda, admiración o asombro. Los primeros en preocuparse por el estudio del ser humano fueron los griegos luego de haber estado indagando acerca del arjé, volvieron su mirada hacia el ser humano, a la revaloración del ser humano. Si bien en la antigüedad también se desarrolló la ciencia, no por ello dejaron de preocuparse por temas como la virtud, la felicidad, los valores o la vida en sociedad (Casquier, 2017, p. 141).

La paideia griega, entendida como el más alto ideal educativo al que podían aspirar los griegos, buscaba formar al hombre como un ser humano en todo el sentido del término, partiendo de la valoración del hombre y a través de un proceso progresivo en el que gradualmente se iba conquistando el conocimiento le permitía al individuo constituirse en persona y, con esto, encontrarse apto para la vida en sociedad ya que al tener una concepción de su personalidad y de su responsabilidad para con los otros podía desarrollarse colectivamente, en tanto que no se puede concebir al ser humano sin la sociedad de la que depende.

Algunos consideran a la Edad Media una época oscura y tenebrosa, de obediencia y servilismo, pero, en el medioevo filosófico, además de abocarse a los temas teológicos no se descuidó al ser humano ni se detuvo el progreso científico, los descubrimientos e inventos que se desarrollaron en esta época aún hoy en día los seguimos utilizando. Un interesante apunte a la forma como se aborda lo concerniente a la dignidad del ser humano en esta época nos lo proporciona Antonio Pele (2009) cuando señaló que: Las estructuras eclesíásticas fomentan a lo largo de toda la Edad Media una visión pesimista del ser humano, cuyo fin es asentar el poder y la autoridad de la Iglesia. Para demostrar la miseria hominis, se fomenta un pesimismo antropológico cuyo punto de partida es el desprecio de la identidad corporal del ser humano y de su razón. Sin embargo, la Edad Media coincide también con la aparición de un humanismo que defiende una dignidad inherente al ser humano. (...) se trata de un humanismo medieval que contribuye al “creciente significado de la dignidad humana”. Este incipiente discurso se impulsa dentro de un movimiento intelectual y científico que confía en el poder y en la autonomía de la razón. La vida humana no debe convertirse en una penitencia sino en una experiencia feliz donde todo ser humano puede libremente desarrollarse a sí mismo (p. 184).

También debemos mencionar, que a mediados del siglo XII y comienzos del siglo XIII una serie de características esenciales permiten el surgimiento de las univer-

sidades. Totalmente distintas a lo establecido previamente en el ámbito educativo, no solo se consagraban a la enseñanza y formación de los discentes por parte de los docentes aspirando a formar un personal cualificado en temas teológicos, sino que iban gestando un espacio propicio para la investigación y su producto: el saber. Coincidimos con Chuaqui (2002) cuando, al referirse a la historia de la universidad, manifestó que: La universidad es una de las más grandes creaciones de la civilización occidental, única

en su género: un instituto dedicado al mundo del intelecto. La universidad nació no de una idea preconcebida, sino de la paulatina convergencia de circunstancias históricas. En último término fueron dos corrientes: la de los que querían aprender y la de los que estaban dispuestos a enseñar (p. 563).

Es con la modernidad y su visión subjetiva que se pone énfasis en el discurso racional, desconociendo o ninguneando a los autores y pensadores que los precedieron como si en la etapa previa no se hubiera hecho nada, y si bien se obtiene la aparente libertad y separación de temas teológicos y prejuicios medievales, se pierden estructuras sólidas y horizontes de sentido compartidos que tomaron mucho tiempo ir consolidando. Para Torres, Cifuentes y Plazas “jamás fue prudente alejar a Dios de la vida del hombre, porque el sujeto actual reclama libertad, pero no ha sabido aprovechar la que tiene para forjar un mundo más humano, una realidad mejor para todos” (2017, p. 206). Resulta paradójico que, al buscar revalorar el lugar del individuo durante la modernidad, debido a una serie de conceptualizaciones muy características de esta época, se le haya dejado sin estructura al ser humano contemporáneo, porque la modernidad desplaza la creencia teocéntrica hacia una antropocéntrica, se desarrolla el humanismo y se nos invita a hacer uso de la razón por nosotros mismos, sin embargo, en los últimos tiempos la humanidad ha puesto en pausa el acto de pensar por sí misma; obnubilados por el desarrollo de la biotecnología, la robótica y la inteligencia artificial nos hemos ido olvidando de buscar cual es el verdadero sentido del ser humano. (Casquier, 2017, p. 141). En el ámbito de la educación, por ejemplo, desde hace un par de siglos el “especialismo” rampante ha descuidado o ignorado el sentido integral de la formación del estudiante para la vida. A nivel universitario proliferan especialidades y subespecialidades, pero ante esta tendencia serán pocos los profesionales que tengan una idea clara de la dirección general que debe tomar el desarrollo de la ciencia y la cultura para el beneficio de la sociedad.

Con la consolidación y desarrollo de la ciencia, la idea de progreso y el surgimiento del positivismo, la modernidad, hasta cierto punto, ha dejado de ver al hombre

como ser humano. Pero no solo ello, en buena parte el cientificismo dominante ha llevado a ignorar el aspecto espiritual y metafísico del ser humano lo que ocasiona que se le trate como una criatura más a la que se le puede cosificar y estudiar científicamente, así esta no haya sido la intención inicial pero el resultado terminó siendo todo lo contrario. Y es que si se ve al ser humano como un objeto y se deja de comprenderlo como un sujeto es, en parte, por la imposibilidad del racionalismo para poder llegar a explicar, comprender y justificar los distintos fenómenos de la espiritualidad desde un punto de vista lógico, en parte por los grandes debates epistémicos que generaban controversia, sobre todo

alrededor de las ciencias humanas porque, como afirman González de Fernández y Blanco (2022): (...) los postulados positivistas chocaban con la naturaleza del hombre, de carácter contingente, finito, sometida a procesos socio históricos complejos y multidimensionales. Ya hacía tiempo, temblaban en sus cimientos las ideas mecanicistas que animaron René Descartes, Galileo Galilei, Kepler y Giordano Bruno, muy oportunas tal vez para explicar fenómenos y procesos naturales, pero imposibilitadas para abordar al individuo en su contexto psico-social-espiritual trascendente (p. 133).

Ahora somos testigos de cómo, en nuestra época del hombre light (Rojas, 2000) y sociedades gaseosas (Royo, 2017), la razón instrumental guía muchas de las decisiones que se toman, nos hemos alejado de la búsqueda de sentido de lo que significa ser seres humanos y pasamos a poner énfasis en la especialización en ámbitos que resulten productivos y rentables lo cual afecta incluso a aquellos que se dedican a las humanidades, donde también se aspira a volverse especialistas. Al respecto Abugattás (2004) señalaba el serio problema de dejar de lado las humanidades, producto del desconocimiento e incompreensión respecto a la naturaleza del saber contemporáneo en el que se encuentra la universidad peruana al estar compartimentalizada y apuntar a la hiperespecialización: (...) el cada vez más visible desprecio a las humanidades como disciplinas de lujo e inútiles es otro craso error sobre el que se basa la actual estructura de la educación superior peruana. En realidad, quienes profesan ese tipo de desprecio por las humanidades en general, es decir, por la reflexión sistemática sobre la condición del hombre en la actualidad, simplemente asumen como cierta la más evidente falsa de las suposiciones (...). Ya hemos visto que si algo marca a la época es justamente que estamos entrando al más radical proceso de cambios jamás vivido por la humanidad (pp. 39-40).

Ensimismados por una cultura del éxito, abocados a la consecución de objetivos que nos permitan sentir que progresamos, aún no hemos dado respuesta a la pregunta acerca de qué es lo que somos los seres humanos, y si bien no es la primera vez que sucede algo así, también,

a lo largo de la historia de la humanidad tuvimos etapas en las que se revaloró el estudio de la condición humana porque los grandes e importantes asuntos humanos nunca terminan de resolverse, debido a que los temas ligados a la naturaleza humana, basados en nuestra existencia y nuestro desarrollo en este mundo y a nuestra relación con los demás y con lo que nos rodea son perennes y por ello siempre se pueden replantear.

Pensamos, entonces, que desde esa perspectiva será posible hablar con propiedad de temas como el valor de las humanidades para una adecuada formación profesional e integral del estudiante siempre que podamos volvernos a ubicar reflexivamente desde un punto de vista que guarde sintonía con nuestro entorno natural y no deje de lado la pregunta: ¿Qué es el Hombre? Si empezamos por responder a esta pregunta, no solo ponemos en práctica la sentencia delfica: “Conócete a ti mismo y conocerás al mundo y a los dioses” sino que esto nos permitirá desarrollar nuestras capacidades éticas e intelectuales de una manera auténtica a través de la comprensión de lo que somos, lo que nos permitirá, además, llegar a comprender al resto teniendo en cuenta de que todos somos partícipes de lo mismo y no solo sujetos individualistas y egoístas que tienen libertad para someter a otros sujetos.

Por lo pronto ensayaremos una respuesta a esta interrogante diciendo que los seres humanos no somos máquinas, ni objetos útiles y, desde luego tampoco somos cosas. Por ello, recalcamos que será desde la indagación acerca de qué es el sujeto que estaremos en la capacidad de determinar el verdadero sentido del ser humano y si este tiene o no un rol en este mundo. Como parte de absolver esta interrogante debemos dejar claro que no se debe dejar de lado lo conseguido por las humanidades hasta la fecha, debemos revalorarlas, estudiarlas y transmitirles ya que “si nos apartamos del estudio de las humanidades nos apartamos del ser humano” (Casquier, 2017, p. 136-137) y esto no quiere decir que dejemos de lado el desarrollo de la ciencia, la tecnología o cualquier otro ámbito del conocimiento, sobre todo hoy en día que se encuentra en boga y se tiene como prioridad el desarrollo y perfeccionamiento de las disciplinas STEM (Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas) que apuntan a ser un componente clave para el desarrollo en el siglo XXI. Porque, si logramos articular este tipo de prácticas educativas con el estudio de las humanidades, estaremos en la capacidad de formar personas integras “pues no sólo se requieren sujetos altamente capacitados en conocimientos y habilidades STEM, sino que también sujetos críticos, autorregulados y responsables cultural y éticamente” (Castro, Iturbe, Jiménez y Silva, 2020, p. 177),

Y esto no quiere decir que no haya especialistas, se trata de que el especialista no se quede solo en el ámbito que se ha especializado, menos en esta época de equipos de estudio multidisciplinarios, se trata de que, dentro de sus

capacidades, este propenso a volcar su atención hacia otros temas y áreas del conocimiento sin perder de vista su especialidad logrando tener una mayor amplitud de conocimientos, ya que no es propio del ser humano limitarse a una sola forma de conocer las cosas. De esta manera estaremos en mejores condiciones para hacer frente a los cambios actuales y futuros que como sociedad se nos presenten siempre que no nos aferremos a la especialización (casi dogmática) de un determinado tipo de saber, ya sea que este se dé desde un marco científico u orientado al terreno humanista. Debemos por ello, como bien recalcó Giusti (2010): Preservar el sentido de la humanidad frente a la barbarie, rescatar al humanismo de las tergiversaciones que padece, incluso de aquellas que el mismo produce, ofrecer resistencia ante las múltiples formas de instrumentalización a las que se ve sometido, todo ello solo se podrá lograr si el cultivo de la humanidad se ve garantizado por la libertad y la autonomía en el cultivo de las humanidades. El ejercicio de esta libertad es el que hace posible el desarrollo del espíritu crítico, el florecimiento de la creatividad, la revisión continua de las verdades establecidas (pp. 43-44).

Como humanidad, a lo largo de nuestra historia hemos enfrentado diversos cambios, y si bien, como decía Heráclito, “lo único constante es el cambio”, en nuestra época los cambios no se producen para nada de manera gradual, por lo que, a juicio de Combe (2018) esto nos pone en una situación en la que “ante la enorme generación de avances tecnológicos los seres humanos debemos estar en la capacidad de identificarlos y adaptarnos a ellos” (p. 323), porque en la actualidad, a diferencia de otras épocas, cada día aparece algo nuevo a una velocidad que causa asombro, sin embargo también resulta ventajoso a este punto, encontrarnos en medio de un cambio de paradigma que apunta a la fusión entre la llamada sociedad de la información (Bell, 1976, p. 90) y la sociedad del conocimiento (Druker, 1993, p. 57) hacia una sociedad del aprendizaje, porque al estar rodeados de innumerables herramientas que facilitan la adaptación al cambio, tenemos mayores posibilidades de procesar las cosas, y esta es una gran ventaja que nos permite, siempre que tengamos la predisposición, aprender sobre lo técnico así como acerca de lo propio y necesario del ser humano y que se capta con el estudio de las humanidades, pero para ello tenemos que hacer énfasis en el valor que estas tienen para los seres humanos en la actualidad dentro de un mundo globalizado.

La universidad y el valor de las humanidades en una sociedad globalizada.

Hablar del valor de las humanidades implica superar los numerosos prejuicios inherentes a una sociedad globalizada que hace todo lo posible para convencernos que lo propio del hombre es ser seres humanos productivos partícipes de una sociedad que nos exige resultados,

cumplir metas, lograr objetivos, consagrados en la ardua tarea de desarrollarnos en aquello que resulte rentable; Lo que importa ya no es tanto el por qué se hace algo sino el cómo se hace. En buena parte esto sucede porque comprendemos de una manera inadecuada lo que significa vivir en un mundo que hoy se encuentra casi en su totalidad globalizado e interconectado, al punto de convertirnos en seres que producen sin detenernos a pensar más que en aquello que se produce o en lo que se va a producir ya sea para otros o para nosotros mismos. Bajo esta perspectiva nos preguntamos ¿cuál será la diferencia entre percibir y entender a los seres humanos como seres pensantes o como máquinas productivas? Porque, si bien tenemos carencias e imperfecciones propias de seres finitos e imperfectos, nuestras necesidades no solo giran en torno a lo material, sino que van más allá, por ello hay que tener en cuenta, también, la esencia del ser humano y esto se puede lograr comportándonos como seres humanos que somos, seres con una naturaleza y una serie de características y propiedades que todavía no hemos podido descifrar del todo. Al optar por avanzar en otros ámbitos del conocimiento que nos han permitido conquistar todo lo que

está a nuestro alrededor hemos dejado de lado temas vinculados con nuestra verdadera naturaleza; por ello afirmamos que el valor de las humanidades está asociado a la posibilidad de reconocer que los saberes técnicos, científicos y tecnológicos deben verse como herramientas que hemos elaborado para que estén al servicio del ser humano, y no que el ser humano este al servicio de estos. (Casquier, 2017 p. 138). Para Trigo (2008) la encrucijada en la que se encuentran las humanidades en esta sociedad globalizada nos coloca en una situación en la que: preguntarnos por el papel que compete a las humanidades bajo las reglas de juego impuestas por la globalización implica preguntarnos también sobre el papel asignado a la educación, y muy particularmente a la educación universitaria, en las sociedades globalizadas, pero nos lleva también a interrogarnos acerca de nuestra propia función como investigadores, educadores e intelectuales en un mundo donde la producción y transmisión de bienes simbólicos no pasa ni por la escuela ni por la intelectualidad (p. 33).

Porque las situaciones concretas de nuestra época nos llevan a preguntarnos, responder, resolver y superar los diferentes retos que nos propone la realidad y que se nos presentan a nivel personal, social, intelectual o profesional, por lo que calculamos que, si le damos sentido y valor al estudio y desarrollo de las humanidades, estas nos permitirán hacer uso de un conocimiento universal holístico para afrontar de la manera más eficaz posible dichos retos.

El resto de nuestros saberes prácticos, por lo general,

son meramente instrumentales, mientras que con las humanidades tenemos la posibilidad de indagar acerca del sentido del ser humano, ya no viéndolo ni tratándolo como un objeto útil sino como un ser humano en sí mismo. Podemos decir entonces ante esta interrogante, que las humanidades nos permiten ver el mundo desde una perspectiva integral ya que, sin dejar de tener comprensión adecuada de los hechos, nos permiten, por ejemplo, reflexionar sobre nuestro origen, nuestra identidad, nuestro lugar en el mundo, aquello que nos hace virtuosos y que nos lleva a establecer una serie de valores, entender otras realidades y nuestra relación con los otros, acérbanos a comprender las distintas etapas de la vida humana, el comportamiento de las distintas sociedades y sus transformaciones, así como apreciar la diversidad al punto de poder evaluar las cosas desde una mirada más humana. Estas son solo algunas de las posibilidades que tenemos a nuestro alcance cuando profundizamos en el conocimiento de las humanidades. También será preciso indicar, que al estar en la capacidad de captar y sentir aquello que nos transmitieron otros autores que nos precedieron o al entrar en sintonía con sus “creaciones” propias de otras épocas y contextos, podemos elaborar nuestras propias “creaciones humanas” ya que el valor intrínseco de las humanidades nos da la posibilidad de investigar la naturaleza humana partiendo por reconocerla y comprenderla para luego desarrollarla al punto de llegar a mejorarla (Casquier, 2017 p. 139).

Tengamos en cuenta a este punto que en nuestra época las universidades han dejado de ser lo que alguna vez fueron en su origen medieval, corporaciones intelectuales de maestros y estudiantes donde la enseñanza y el estudio iba sentando las bases para un oficio dedicado a la consagración del conocimiento; en un primer momento eran el sitio de reunión para aprender los diversos saberes agrupados en el trívium (estudios de gramática, retórica y dialéctica) y el cuadrivium (aritmética, geometría, astronomía y música), pero no por ello se era ajeno a los temas científicos y si bien este tipo de universidad seguía siendo clerical, hasta cierto punto se podría decir que fomentaba el espíritu crítico, de lo que se desprende que no se puede concebir universidades sin educación humanística donde predomina el valor intrínseco de las mismas orientado al amor al conocimiento sobre el valor utilitario.

Sin embargo, hoy somos testigos de la pérdida de sentido respecto a lo que debería ser una universidad, hemos dejado que estas se conviertan en empresas o instituciones dedicadas a impartir conocimiento utilitario, productivo, rentable. De esta manera, se puede ver, también, como se ha ido perdido el sentido de lo universal al interior de las universidades, como se ha perdido el rumbo en relación a la misión de la universidad en una época tan convulsionada como la que vivimos, al punto de ver a las carreras y cursos de humanidades como innecesarios para la formación del estudiante. Se ha pa-

sado a tener como prioridad la formación de personas competitivas, productivas, “ganadoras”, se hace énfasis en la idea de triunfar, pero se deja de lado el desarrollo de la crítica reflexiva, del cuestionamiento filosófico, o el análisis ético del comportamiento humano, en otras palabras, se ha pasado a darle más importancia a triunfar a cualquier costo antes que ser seres humanos virtuosos y dignos. Como seres carentes que somos buscamos conseguir cosas, satisfacer nuestras necesidades y por ello no debemos perder el tiempo dedicándonos a cuestiones que nos sean cuantificables o medibles, leer poesía, aprender cómo se establecen las estructuras del lenguaje o acerca de la historia de los pueblos antiguos, desarrollarse artísticamente o profundizar en la reflexión filosófica resulta improductivo, es “perder el tiempo” a la luz del pensamiento de muchos que han dejado de interrogarse acerca de ¿qué es el Ser Humano? (Casquier, 2017 p. 144), como si lo útil no tuviera una duración determinada que caduca con el tiempo a diferencia de los saberes que permanecen y nos definen como seres humanos: filosofía, lengua, historia, cultura, arte, y que deberían ser transmitidos de generación en generación para pensar una vida auténtica y para la perpetuación de nuestra especie considerando “que es lo que puede aportarle la ciencia a las humanidades y qué pueden aportarle las humanidades a la ciencia en esta búsqueda común de una respuesta al gran enigma de nuestra existencia” (Wilson, 2014, p.16), porque será en la forma que como sociedad y desde el ámbito universitario entendamos las humanidades lo que nos lleve a una revaloración ética, del ser humano, compleja en sí misma. Debemos tener en cuenta que mientras el ser humano se siga cuestionando sobre su ser seguirán teniendo plena vigencia los estudios humanísticos, ya que las humanidades desafían al ser humano a pensarse a sí mismo, a enfrentar los cambios y problemas que estos tiempos complejos presentan.

Al respecto Rojo (2022) subrayó la conveniencia de remover los prejuicios que se tiene hacia las humanidades en los planteles de educación superior, a no ver las humanidades como un mero “ornamento” o caer en la banalización de las mismas, a no reducir la pedagogía a un simple adiestramiento del estudiante en “habilidades”, a saber en qué consiste nuestra misión como seres culturales siendo capaces de enfrentar el modelo global de manera que se pueda superar las deformaciones a las que nos tiene expuestos, reconociendo que la división del trabajo intelectual no tiene por qué radicalizar las diferencias ni exacerbar el contenido específico de las distintas disciplinas, sino estimular las coincidencias que permitan una adecuada colaboración entre las ciencias, la educación y las humanidades (p. 110). Si no tenemos las cosas claras podemos llegar a creer que el único sentido del ser humano y por ende a lo que está destinado es a producir, pero ¿para quién y a qué costo? Las universidades en la actualidad, se encuentran dominadas

por una visión pragmática de la vida que linda con lo inauténtico, están formando profesionales afanados en insertarse en el ámbito laboral cuanto antes para, nublados por la idea de progreso y que ese es el orden actual de las cosas, terminen produciendo para otros y ya no para un crecimiento como personas que les permita un desarrollo pleno en la sociedad de la que forman parte, sino para poder cumplir con las exigencias de una sociedad cada vez más demandante de cosas superfluas, porque se llega a pensar que de esta manera podremos también llegar a satisfacer algunas de las necesidades que, como seres inauténticos, nos hemos inventado (Casquier, 2017 p. 144).

A manera de conclusión

Actualmente debido al predominio cientificista y tecnocrático los saberes humanísticos vienen siendo relegados en la formación profesional integral de los estudiantes universitarios que la sociedad requiere, dado que las disciplinas humanísticas cumplen un papel fundamental en la formación de los profesionales y teniendo en cuenta que las ciencias y las humanidades no son opuestas sino complementarias, consideramos una necesidad comprender el valor añadido que aportan las humanidades en el proceso formativo e integral de los estudiante de cualquier disciplina al fomentar el desarrollo de habilidades críticas y éticas para el éxito en el mundo laboral actual. Detectar lo que nos falta para restablecer el sitio que deben ocupar las humanidades en la formación integral del estudiante es una tarea urgente para todos aquellos que nos dedicamos a la educación y formación de las futuras generaciones de profesionales. Es por ello por lo que en este artículo hemos hecho énfasis en torno a la inclusión de asignaturas humanísticas (como filosofía, historia, literatura y ética) ahondando en la importancia de fomentar la creatividad y el pensamiento crítico a través de la integración de las humanidades en la formación profesional. Por otro lado, postulamos que el estudio de las humanidades nos mantiene ligados a una

tradición cultural donde los saberes están articulados unos con otros lo que potencia la capacidad de los estudiantes para comprender contextos sociales, culturales y éticos, así como para abordar desafíos complejos desde una perspectiva integral que, a la larga, les permitirá a los futuros profesionales enfrentar los desafíos globales del mundo en el que vivimos, comprendiendo la profunda interconexión que se da entre tecnología y sociedad. El mundo actual se caracteriza por un magnífico desarrollo en torno al conocimiento científico, lo que contribuye al posicionamiento y desarrollo de diversas tecnologías que se erigen como “insustituibles” alrededor de la vida cotidiana y en beneficio de las distintas actividades que desarrollan las personas. Nunca antes en la historia la humanidad se había podido llegar a acumular

tanto conocimiento a este respecto, esta situación es propicia para el surgimiento de nuevas disciplinas que nos ayuden a entender mejor nuestro entorno, por ello pensamos que la mejor forma de buscar respuestas a las grandes interrogantes aun no resueltas, es a través de la confrontación de los saberes en las distintas áreas de desarrollo del ser humano; nadie tiene la última respuesta, ninguna disciplina nos dará la respuesta absoluta, diversos han sido los métodos para llegar al saber y vemos que a lo largo de nuestra historia en el mundo siempre aparece algo nuevo, por lo que de la discusión que se lleve a cabo entre las diversas disciplinas se pueden dar nuevos enfoques a aquello que queremos conocer.

Hoy en día por ejemplo, debido a los cambios que se suscitan de forma acelerada en nuestro entorno, nuestro momento histórico nos ha llevado a volver la mirada hacia el ámbito de la vida; nuestra circunstancia no es igual a la de los antiguos pensadores, ellos tenían otros motivos para ir tras la búsqueda del conocimiento; en nuestro caso la depredación ambiental, de la que somos los principales responsables, hace que cada vez sean más las personas que se interesan en temas relacionados a la vida, a la naturaleza, poco a poco este será un gran problema para el ser humano ya que si destruimos el mundo en el que vivimos, nos destruimos a nosotros mismos.

Es por ello por lo que la discusión ética ya no solo se refiere a nuestra moral, a nuestras costumbres como seres sociales sino a todo lo perteneciente al ámbito de la vida. Consideramos por ello que es importante que el ser humano haga nuevamente una pausa reflexiva acerca de la forma en que se ha venido desarrollando, que se detenga a pensar, al menos por un momento, acerca de lo que viene haciendo en el mundo; el conseguir cosas, el satisfacer necesidades tiene un sentido, pero ese no es el único sentido de la vida del ser humano; ¿Cuál es el sentido de ser seres vivos, de ser seres humanos? Es un problema al que debemos dirigir nuestras reflexiones, y desde ahí empezar a elaborar una nueva forma de transitar por el mundo.

Referencias bibliográficas

- Abugattás, J. (2004). *Elementos para un debate sobre la universidad. En: Cuadernos de reflexión y debate II. Elementos para el debate sobre la universidad en el Perú*. Lima: Ministerio de Educación, Oficina de coordinación universitaria.
- Bell, D. (1976). *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza Editorial.
- Casquier, J. (2017). *La transformación de la filosofía en América Latina para la época actual*. [Tesis de Maestría], Universidad Nacional Mayor de San Marcos: Lima.
- Casquier, J. (2013). El debate moral de los transgénicos. Consideraciones bioéticas. *Revista Dialéctica*, 2(2), 269-280. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Castro, A., Iturbe, C., Jiménez, R. y Silva, M. (2020). ¿Educación STEM o en humanidades? Una reflexión en torno a la formación integral del ciudadano del siglo XXI. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 25(9), 177-196. <https://doi.org/10.5281/zenodo.4110904>
- Chuaqui, B. (2002). Acerca de la historia de las universidades. *Revista chilena de pediatría*, 73(6), 563-565. <https://dx.doi.org/10.4067/S0370-41062002000600001>
- Combe, J. (2018). Nada es permanente a excepción del cambio... Heráclito de Éfeso (540 a.C.). *Revista de Gastroenterología del Perú*, 38(4), 323-324. <https://revistagastroperu.com/index.php/rgp/article/view/921/887>
- Druker, D. (1993) *La sociedad poscapitalista*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Fajardo, E., y Hernández, F. (2022). La formación integral universitaria desde el contexto de las humanidades y su aporte al aprendizaje experiencial para el servicio. *Revista Humanidades*, 12(2). <https://doi.org/10.15517/h.v12i2.51289>
- Giusti, M. (Ed.). (2019) *El conflicto de las facultades: sobre la universidad y el sentido de las humanidades*. Barcelona: Anthropos.
- Giusti, M. (2010). El sentido de las humanidades. En: M. Giusti y R. Patrón (Editores), *El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro*. 37-46. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- González de Fernández, B. y Blanco, J. (2002). Filosofía moderna y contemporánea, un fraguar de ideas. *Aula Virtual*, 3(7), 123-137. <https://aulavirtual.web.ve/revista/ojs/index.php/aulavirtual/article/view/142>
- Pele, A. (2009). Modelos de la dignidad del ser humano en la Edad Media. *Derechos y libertades Revista de Filosofía del Derecho y derechos humano*, 13(21), 149-186. <https://core.ac.uk/reader/30044380>
- Platón. (2018). *Apología de Sócrates. Diálogos I. Introducción general por Antonio Alegre Gorri*. Traducción y notas por J. Calonge Ruiz, E. Lledó Íñigo, C. García Gual (págs. 3-30). Madrid: Gredos.
- Ramírez, A., Rodríguez, J. y Merchán, L. (Comps.). (2016). *El sentido de las humanidades en la educación superior*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Taylor, C. (1994) *La ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.
- Rojas, E. (2000) *El hombre light. Una vida sin valores*. Buenos Aires: Planeta.
- Rojo, G. (2022). Humanidades, cultura y universidad en la escena histórica global. *Ístmica. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 1(29), 95-112. <https://doi.org/10.15359/istmica.29.6>
- Royo A. (2014). *La sociedad gaseosa*. Barcelona: Plataforma Editorial.
- Torres, J., Cifuentes, J. y Plazas, F. (2017). El naufragio de las Humanidades. *Saber, Ciencia y Libertad*, 12(1), 196-214. <https://doi.org/10.18041/2382-3240/saber.2017v12n1.1473>
- Trigo, A. (2008). Las humanidades en la encrucijada de la globalización. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 34(68), 33-53. <http://www.jstor.org/stable/25479078>
- Wilson E. (2014) *El sentido de la existencia humana*. Barcelona: Gedisa.